

El Congreso Eucarístico Nacional de 1935/

Mons. José Dammert B.

Los dos intelectuales vueltos al catolicismo en los años veinte, Riva Agüero y Belaunde, con expresiones debidas a su mentalidad personal, expresaron su pensamiento sobre la situación de los católicos en esos años. Con frases aceradas, el primero habló en una alocución radial, unas tres semanas antes de la inauguración del Congreso, de que "nuestro gran pecado colectivo, el cual ha inficionado nuestra vida mental y moral, en todos los órdenes, ha sido la indiferencia, el desmayo, el escepticismo. En la superficie, con moderación falaz, se tenían apariencias y fórmulas católicas, y en el fondo dejábamos perder, año tras año, el esencial vigor del espíritu católico". El segundo advirtió: "El Perú... pareció sufrir un eclipse en su evolución religiosa debido a la influencia del espíritu volteriano y materialista de sus grandes figuras literarias del siglo XIX. Llegó también al Perú la ola del positivismo con su hermano el laicismo".

Sin embargo, hubo un renacimiento católico producido por las encíclicas y actitudes del Papa Pío XI, impulsor de la Acción Católica, que era "la participación de los seglares en el apostolado jerárquico"; el apostolado del "semejante por el semejante" siguiendo el ejemplo de la J.O.C. (Juventud Obrera Católica), fundada por el canónigo Cardijn; el reconocimiento de la madurez de las misiones con la ordenación de seis obispos chinos; y la doctrina social de la Iglesia con su vigorosa encíclica *Quadragesimo anno*.

Las mujeres y los jóvenes siguieron las enseñanzas pontificias renovando su formación tradicional con la lectura de obras como *Jesucristo* de Karl Adam, *El espíritu de la liturgia* de Guardini, la *Doctrina social de la Iglesia* de Rutten, etc., los libros del crítico brasileño Tristán de Athayde, que aportó "a

la exposición de las doctrinas católicas su talento filosófico, su saber enciclopédico y su noble pasión de apóstol" (Belaunde); los editoriales de *Criterio*, del sacerdote argentino Gustavo J. Franceschi, por su solidez intelectual, sereno criterio y fuerte polémica, y los escritos de Jacques Maritain.

En este ambiente, el nuevo Arzobispo, monseñor Pedro Pascual Farfán, eximio devoto de la Eucaristía y que celebró un Congreso regional en el Cuzco en 1928, desde su llegada a la capital, pensó realizar un Congreso Eucarístico a nivel nacional, alentado por el éxito del primero Internacional reunido en el continente americano, en Chicago, por la difusión y alborozo que produjo el himno del de Madrid "Cantemos al Amor de los Amores", y el anuncio del Internacional de Buenos Aires, al que concurrió y en el que pudo admirar su grandioso éxito individual y colectivo.

PREPARACION

El Arzobispo, con ocasión del IV Centenario de la fundación de Lima, estableció una Comisión Pro-Centenario en enero de 1934. Al mes siguiente, ésta acordó organizar el Congreso añorado por Mons. Farfán, y el Comité arquidiocesano preparó funciones religiosas, semanas eucarísticas y un plan de homilias. Luego se transformó en un Comité Ejecutivo bajo la presidencia de mons. Belisario Philips, que demostró sus innatas dotes organizativas creando 41 Comisiones, que trabajaron alegremente. Entre ellas la de Mujeres, bajo la presidencia de la Sra. Francisca B. de Benavides, y la entusiasta actividad de la Sra. Clotilde Porras de Osma para recaudar fondos. El infatigable Roberto Thorndike fue el organizador de los desfiles.

Al principio se programó efectuarlo en junio de 1935, pero por la brevedad del tiempo se fijó para los días del 23 al 27 de octubre y su realización en la plaza Dos de Mayo y avenidas que la cruzaban.

La creatividad musical del sacerdote Pablo Chávez Aguilar produjo la música del himno con letra del P. Francisco Jambrina, ofm.

La Gran Cruz alzada sobre la columna central fue ejecutada por el arquitecto Ricardo Malachowski.

Hubo audiciones eucarísticas radiadas, comentario en los diarios, conferencias para hombres en la Iglesia de la Inmaculada, donde destacaron don Oscar Larson, catedrático de las Universidades Católicas de Santiago y de Lima, y el P. Eliseo Pérez, agustino. Para mujeres hubo conferencias en San Pedro, los obreros se reunieron en María Auxiliadora y hubo una jornada para maestros en San Agustín; todas concluían con confesión y comunión general.

Tuvo especial relieve la conferencia dictada en el mes de junio por Víctor Andrés Belaunde sobre "El Cristo de la Fe y los Cristos literarios", que obtuvo un prolongado y vibrante aplauso y fue el esquema para el libro editado en 1936.

Se impartieron misiones en callejones y cuarteles, se organizó la Policía Auxiliar con cerca de 800 jóvenes, y el servicio de salud.

El 30 de setiembre, el Arzobispo pronunció por radio una conmovedora invitación a toda la población para su participación en las celebraciones eucarísticas.

DESARROLLO

Los desfiles salían de María Auxiliadora y en perfecto orden por la avenida Alfonso Ugarte llegaban al Campo Eucarístico.

La inauguración, presidida por el Legado Papal, el Nuncio Gaetano Cicognani, y con la asistencia del Presidente de la República, Gral. Oscar R. Benavides, y los altos funcionarios del Estado, fue solemnísimas. El Arzobispo tuvo una brillante intervención con las vibrantes palabras iniciales: "Cerrad las puertas que acaba de entrar en la casa del nuevo Emaús el Peregrino del Amor".

Asistieron los Obispos del Perú, el Arzobispo Tavella, de Salta, Argentina; Tomás Aspe, de Cochabamba, Bolivia; Maximiliano Crespo, de Popayán, Colombia; y Carlos Labbé y Juan Subercasauz, de Iquique y Linares, Chile.

En la mañana se desarrollaron las celebraciones eucarísticas, comenzando por la comunión de niños; luego de mujeres en el día dedicado a la Familia, calculadas en unas 150.000 de toda condición social, y se leyó la "Consagración de la mujer peruana a Cristo Jesús, Rey de la Eucaristía", escrita por Rebeca Bellido de Dammert; y también de las Fuerzas Armadas.

En las tardes se realizaron las sesiones plenas en que disertaron fray Mariano Holguín sobre "La Eucaristía y las Misiones", el Dr. de la Riva Agüero y el Presidente de la Juventud Católica de Lima, Enrique Cipriani Vargas.

Participaron las diferentes secciones: sacerdotes, seminaristas, hombres, mujeres y juventud femenina en las mañanas; los obreros, en las noches; y la juventud masculina, por estar en la Policía auxiliar, los días 26 a 28.

Las intervenciones fueron muy aplaudidas, presentándose ponencias varias, especialmente por las mujeres y los jóvenes, exponiéndose nuevas ideas para la acción de los católicos en la sociedad y en la cultura "por estar en crisis, creer en la libertad dentro de la democracia y que la Acción Católica no es partido político" (E. Cipriani). Se patentizó la importancia del estudio en la formación de la personalidad y la necesidad que tienen los jóvenes católicos de madurar el aspecto intelectual de su vida, para una acción eficiente y fecunda (C. Arróspide).

Apoyando la exposición del obispo de Arequipa, en todas las secciones se solicitó el establecimiento de la Junta Nacional de la Acción Católica. Además hubo una fuerte inquietud social. Los hombres urgieron la "organización económica gremial e impulsaron a patronos y obreros católicos

a constituir los gremios y sindicatos correspondientes". Los jóvenes propusieron la "propagación de las Escuelas Obreras Nocturnas y Universidades Católicas Obreras", multiplicación de los centros de la J.O.C. Los obreros acordaron "la implantación del sindicalismo obrero en el cuadro de la parroquia, de la diócesis y de la nación, bajo la autoridad inmediata de la jerarquía católica".

La noche del 26 al 27, dedicada a los hombres, juntó una concurrencia de unos cien mil y la mayor nota fue el retorno a la Iglesia de millares y millares, algunos de los cuales, aun por más de 50 años, no participaban en la Mesa Eucarística, pues hasta entonces se decía que "era cosa de mujeres"; y sobre todo las innumerables confesiones de indiferentes, incrédulos, agnósticos y masones, que volcaron sus pecados para recibir la Eucaristía, de la que estaban alejados desde su niñez. El fervor suscitado fue impresionante y el espíritu que se vivió fue efecto de la gracia divina que despertó a la adormecida por larguísimo tiempo.

Culminó el Congreso con la brillante procesión de clausura, saliendo de María Auxiliadora por el Paseo Colón, el Parque de la Exposición, las calles de Juan Simón y Belén, la plaza San Martín y la Colmena. El Santísimo Sacramento llevado por el Legado Papal en una carroza fue adorado a lo largo del trayecto, engalanadas las fachadas, y con una multitudinaria asistencia de fieles que lo veían pasar devotamente o desfilaban en las diferentes secciones.

Terminó con la bendición eucarística impartida por el Legado y las palabras de agradecimiento del Arzobispo.

Durante la celebración del Congreso la prensa y la radio publicaron editoriales muy favorables y expresivos, y se publicaron números extraordinarios dedicados al acontecimiento.

FRUTOS DEL CONGRESO

Fueron innumerables. De carácter institucional fue la costumbre de reunirse los Obispos en Asamblea después de cada Congreso Eucarístico Nacional y el establecimiento de la Acción Católica Peruana en cuatro ramas, que reunió oficialmente las existentes, que habían trabajado muy bien, nombrando Presidente de la Junta Nacional al Dr. César Arróspide de la Flor.

También en su Carta Pastoral, los obispos expresaron "el inefable estupor que ha producido en todos el Congreso... que ha sido una verdadera resurrección de la fe que inspiró los grandes sentimientos, y debe ser el despertar glorioso a un día sin ocaso... Si nuestra conversión ha sido sincera, pronto tiene que brillar en nuestra vida".

El impacto fue a nivel nacional, lo que se demostró en los sucesivos Congresos de Arequipa, Trujillo, Cuzco y Lima.

De la recaudación de fondos quedó un significativo sobrante que, por decisión del Arzobispo, se destinó a la construcción del nuevo local para el Seminario de Santo Toribio, en el terreno donado por la Sra. Constanza de la Puente de Valega, en Magdalena.

De la Juventud Católica que laboró en el Congreso surgieron vocaciones para el sacerdocio diocesano: Gerardo Alarco, Fidel Tubino, Luis Ramírez Díaz, Eduardo Suárez Jimena; para la Congregación de los Sagrados Corazones: Fernando (Pablo) Ramírez; para la Compañía de Jesús: César Toledo; y para la Orden Franciscana: Francisco Javier Ampuero.

Nota final personal: por mi larga permanencia en Italia, no participé en el Congreso, aunque lo viví intensamente por mi madre, secretaria de las Mujeres de Acción Católica, que en largas y vibrantes cartas me relataba los preparativos y su desarrollo que brotaban de su alma profundamente eucarística.